RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes

Universidad
Nacional
de Quilmes

Ratto, Silvia

Visiones del Chaco y de su población en el siglo XIX

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:
Ratto, S. (2014). Visiones del Chaco y de su población en el siglo XIX. Revista de ciencias sociales, 6(26), 49-66. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1605

Puede encontrar éste y otros documentos en: https://ridaa.unq.edu.ar

Universidad Nacional de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352 // Bernal
Buenos Aires // Argentina
t.: (+41 11) 4365 7100
f.: (+54 11) 4365 7101
info@unq.edu.ar

Silvia Ratto

Visiones del Chaco y de su población en el siglo XIX

Introducción

Desde la década de 1860, con el inicio del proceso de organización nacional, el interés de las élites políticas por conquistar el territorio indígena fue cada vez más evidente. Las discusiones parlamentarias y las leyes que establecían un constante incremento de las fuerzas del ejército nacional y de los fondos presupuestarios para emprender campañas militares, fueron signos claros de este objetivo. Es en este contexto que ciertas nociones e imágenes relativas a los espacios ocupados por grupos indígenas soberanos y a sus mismos habitantes –desierto, barbarie, violencia– comienzan a cobrar cada vez mayor presencia y difusión.

Si la carga ideológica de la categoría de "desierto" ha sido ampliamente estudiada para el espacio pampeano-patagónico, vale la pena resaltar la particular traspolación que se hace de ella cuando se refiere al espacio chaqueño. En un acto automático para justificar la conquista, el Chaco que había sido descripto un siglo antes por misioneros y exploradores como "una selva densa, con esteros espaciosos, poblada de innumerables plantas y animales, pintada por artistas como una jungla utópica y exótica, recibió el estatus de desierto" (Wright, 2008, p. 121), troca en desierto, es decir, aunque se define como desconocido, se presume improductivo.

Algo similar sucede con la cartografía de la época. Los mapas realizados en el período colonial consignan los diferentes grupos nativos que habitaban el Chaco asignándoles cierta territorialidad. A fines del siglo XIX, la representación del espacio y la población

revista de ciencias sociales, segunda época
N° 26, primavera de 2014, pp. 49-66

chaqueñas cambia sustancialmente. En el mapa realizado en el año 1873 por el sargento mayor de ingenieros, F. Host, se registran solamente las tolderías más cercanas a la línea de la frontera chaco-salteña. El resto del territorio chaqueño es una amplia zona solo "habitada" por cursos de agua. Dos años después, cuando Arturo Seelstrang y Enrique Foster trazan los tres mapas de la comisión exploradora del Chaco, desaparece hasta esa referencia. En ellos se indican colonias existentes y por fundar, riachos, pantanos, terrenos anegados, etc., pero ninguna toldería india.[1]

Al lado del concepto de "desierto", se difundió el término de "frontera interior" que presentaba ese mismo territorio indígena como un espacio que, por herencia hispánica, debía corresponder al Estado argentino pero que, momentáneamente, estaba en poder de los indígenas; de allí la argumentación de Sarmiento en el año 1870, en su mensaje presidencial de apertura en la Cámara de Senadores:

> Todo el territorio que desde la conquista hasta el presente ocuparon los cristianos y se fue abandonando en diversos tiempos a las depredaciones de los salvajes ha sido en el pasado año devuelto y sometido al dominio y protección de nuestras leyes. Se cuenta por miles las leguas de terreno reconquistadas a la industria y de un extremo a otro de nuestras dilatadas fronteras puede verse en los semblantes de los vecinos el sentimiento de que participan (Lagos y Ratto, 2011, pp. 54-55).

Estas imágenes sobre los territorios indígenas que querían consolidarse para justificar de alguna manera su conquista y ocupación se encuentran de manera reiterada en los escritos de contemporáneos –funcionarios civiles, militares, empresarios y misioneros–. En esta dirección, Pablo Wright ha seleccionado las imágenes de varios militares y exploradores como Amadeo Jacques, Seelstrang, Carranza, Bosch y Fotheringham que insisten en imágenes del Chaco como desierto, como tierras ignoradas y peligrosas; de igual manera, la frontera era vista como un espacio de violencia latente y de temor compartido por sus habitantes ya que el otro lado representaba "muerte, abducción o pérdida de bienes materiales" (Wright, 2008, pp. 90-93). Pero, junto a estas imágenes, las mismas fuentes permiten desvirtuarlas –o al menos matizarlas– y mostrar una realidad bastante diferente, tanto en el conocimiento del espacio como en la caracterización de la población indígena. De manera similar, en un libro reciente Gastón Gordillo ha analizado la visión de expedicionarios que pasaron por el territorio toba a fines del siglo XIX y comienzos del XX. Se mencionan las expediciones de

[1] No podemos dejar de señalar el marcado contrapunto que se encuentra con el tratamiento del espacio pampeano-patagónico, donde parece existir un interés muy fuerte en señalar los lugares de asentamiento de las tolderías, no solo fronterizas, sino también en el interior del espacio, como el mapa de 1872 de Álvaro Barros o el plano general de la frontera del sargento mayor Jordan Wysocki de 1877. Es decir que existe, por un lado, una cartografía militar muy interesada en señalar la posición lo más precisa posible del "enemigo", y, por otro, una que proyecta y planifica, y lo hace desaparecer.

Daniel Campos y Arthur Thouar (1883), Domingo Astrada (1903), Gunardo Lange (1905) y Leocadio Trigo (1906). En todas ellas se describe un trato pacífico de los tobas, con quienes se introducían en su territorio (Gordillo, 2005, pp. 54-62).

Este trabajo sigue la misma línea y pretende poner en relieve "esa otra cara del Chaco" descripta en la misma documentación del siglo XIX que, ideológicamente, la niega; en ella, la interacción y los contactos pacíficos se muestran con claridad, y confirman la construcción ideológica de conceptos tales como "desierto inhabitado e improductivo". Más allá de ese objetivo central, se busca, colateralmente, mostrar las posibilidades que brinda la documentación del siglo XIX para avanzar en estudios sobre las formas de interrelación entre criollos e indígenas tanto en los espacios fronterizos como en el interior del territorio chaqueño. Esta línea de investigación se ha desarrollado de manera consistente para los distintos espacios fronterizos pampeano-patagónicos. No ha sucedido lo mismo para el Chaco en el siglo XIX, donde es posible encontrar trabajos aislados, centrados sobre todo en la frontera chaco-salteña.[2] En estos se ha privilegiado el estudio de las distintas instituciones fronterizas por separado; así, algunas se han centrado en el funcionamiento –en especial económico– de las misiones[3] y otras en las características de la propiedad y de la producción en la zona.[4] Las pocas que han intentado un acercamiento a una visión más general que integrara ambas instituciones se preocuparon fundamentalmente por las relaciones de competencia y conflictos entre misioneros y propietarios, por tierras y mano de obra, donde, si bien los indígenas aparecían como uno de los elementos en disputa, no cobraban un protagonismo muy visible (Teruel 2005). En el caso del Chaco oriental es más evidente la ausencia de investigaciones que se ocupen puntualmente de la vida fronteriza. Una excepción la constituye el trabajo de Mafucci Moore quien analiza el desarrollo de las colonias norteamericanas establecidas en la segunda mitad del siglo XIX en el norte santafesino (2007). En cuanto a estudios centrados en el interior del espacio chaqueño, la ausencia es más evidente y los que se han preocupado del tema, como ya se ha señalado, se sitúan en el período tardocolonial.

Es necesario hacer primero una aclaración sobre las fuentes que serán usadas en el trabajo, que muestran una fuerte concentración en la segunda mitad del siglo XIX.[5] La razón de ello es obvia, ya que se trata de un momento en que, producida la unificación nacional, se empieza a planear de manera más definitiva la ocupación de los espacios en poder de los grupos indígenas independientes. De ahí que las expediciones militares y los informes de las autoridades de frontera aumenten de modo considerable con respecto al medio

[2] No sucede lo mismo con los trabajos para el período tardocolonial y siglo XX donde hay una producción antropológica e histórica nada desdeñable.

[3] Los aportes de Ana Teruel son los más representativos de esta temática.

[4] El trabajo de los indios chaqueños en los establecimientos productivos del noroeste argentino es, quizás, uno de los temas más transitados por la historiografía de la región. Se señala que ya desde fines del siglo XVIII las antiguas haciendas del oriente jujeño y salteño, por su proximidad con la frontera, recurrieron al trabajo estacional de indígenas, práctica que se profundizó en las últimas décadas del siglo XIX, cuando los nacientes ingenios azucareros necesitaron del concurso masivo de mano de obra, para lo cual el indígena chaqueño se presentaba como un trabajador insustituible por su bajo costo. Los principales tópicos de estos estudios se centran en las formas de explotación a que eran sometidos los indígenas, situación que no se vio modificada luego de la incorporación del territorio chaqueño.

[5] Esta disparidad temporal y espacial de las fuentes fue notada asimismo por Combes, Villar y Lowrey en un reciente trabajo.

siglo anterior, donde las preocupaciones del gobierno corrían por otros carriles. Además, a partir de 1862, las *Memorias del Ministerio de Guerra y Marina* incluyen un relato de las acciones militares y demás acontecimientos sucedidos anualmente en las fronteras. Paralelamente, los intentos de navegación del río Bermejo, que se iniciaron en tiempos coloniales, cobran mayor ímpetu con los viajes de exploración y de carácter comercial. De igual manera, los informes eclesiásticos son bastante escasos hasta la década de 1850, cuando se impulsa de nuevo la acción misionera en la frontera con éxito dispar según el espacio en el que se instalaron.

El interior del territorio chaqueño: las expediciones por el río Bermejo

> […] comarca salvaje, sin gentes, sin caminos y recursos algunos […] donde parece que la misma naturaleza lucha aún por tomar un carácter verdaderamente estable […] Sobre estas comarcas no encontraremos más que desiertos que cubren tristemente el país vacío del hombre blanco, campeándolo en libertad el salvaje en toda su extensión (Carlsen en Lagos, 2000, p. 12).

El intento de hacer navegable el río Bermejo fue una empresa constante que se remonta a tiempos coloniales. Pero la búsqueda por abrir una ruta comercial que conectara el Litoral con el norte por esta vía se mostró infructuosa debido a la topografía del lecho del río, sus desbordes y el cambio frecuente de curso en algunos parajes que llevaba a que, frecuentemente, los navíos quedaran encallados en bancos de arena.[6] El hecho de que la navegabilidad del Bermejo terminara en un fracaso no significó la inexistencia de contactos fluviales entre las dos fronteras chaqueñas. Los viajes de exploración y de comercio fueron muy frecuentes durante la segunda mitad del siglo XIX.[7] Durante la década de 1870, la "Compañía de Navegación del Bermejo", fundada en Buenos Aires y constituida por Francisco G. Molina, Carlos Casares, Agustín Cara, Claudio Benítez, Juan R. Sosa y Natalio Roldán, llevó adelante una serie de viajes de comercio. El primero se realizó en febrero de 1871, a cargo del ingeniero Tomás J. Page en el vapor El Sol Argentino. Al año siguiente, se dispuso un nuevo viaje bajo el mando de Natalio Roldán con el vapor Gobernador Leguizamón.

No todas estas expediciones dejaron diarios de viaje pero las que lo hicieron muestran un aceitado conocimiento de los grupos indígenas cercanos a las costas y una relación bastante pacífica y de mutua conveniencia para ambas partes.[8] Estos rela-

[6] Para un relato de los intentos de navegabilidad desde el período colonial hasta la conquista del Chaco, véase Lagos y Santamaría, 2010.

[7] Para mencionar solo algunas de ellas, señalemos que, en 1824, Pablo Soria es el primero en formar una sociedad con fines de navegación y comercio; en 1854, el coronel Evaristo Uriburu, vecino de Salta y propietario en Orán, manda construir el vapor El Senta, que parte cargado de suelas, lanas, piedras y muestras de los ricos minerales de Santa Victoria. Al año siguiente, Ceyney Hickman forma en Salta una sociedad, y manda construir una chata que, cargada de cedro, sale de Senta el 22 de marzo y llega a Corrientes dos meses después. En 1862, Prudencio Palacios, comerciante de Salta, financia un viaje al Litoral y, al año siguiente, Felipe Saravia sigue la empresa; se caracterizó su expedición por navegar el principal brazo del río, que los indios llamaban "Teuco". El último viaje del período lo realiza en 1899 Walter Leach, importante propietario de plantaciones de caña de azúcar y café en Jujuy, y llega hasta Rosario.

[8] Estas imágenes fueron identificadas por Lagos y Santamaría en el trabajo anteriormente citado, aunque no llegaron a profundizarse.

[9] El Teuco es un brazo del río Bermejo que nace en las cercanías del departamento de Rivadavia y vuelve a unirse al curso principal 800 km más al sudeste.

tos desvirtúan totalmente la imagen que justificó el objetivo de conquistar el territorio chaqueño, ese "desierto verde", vacío de población e incultivado. Por el contrario, se describe la existencia, al menos para la región aledaña al curso del Bermejo, de una compacta población indígena, gran parte de la cual hablaba algo del castellano, que practicaba el cultivo de la tierra y el pastoreo de ganado, y que mantenía, además de la prestación de trabajo estacional en las estancias, intercambios comerciales con algunos espacios fronterizos y con la tripulación de los navíos que se internaban en el territorio.

Los diarios de viaje escritos por los integrantes de los vapores El Sol Argentino (1871) y Gobernador Leguizamón (1872) –Castro Boedo, y Natalio Roldán y Thomas Page– son ejemplos muy claros en ese sentido.

Según sus relatos, el trayecto de navegación fue acompañado –con mayor insistencia en el espacio entre el río Teuco y la frontera salteña–[9] por grupos indígenas que, al oír pasar el navío, se acercaban a la orilla para vender sus productos, ofrecer trabajo como mano de obra o chasques, etc. Los mismos tripulantes descendían con frecuencia a tierra y se adentraban en las tolderías aledañas donde se maravillaban por la existencia de campos de cultivo. De la multitud de datos brindados sobre esa población indígena, extrajimos algunos que resultan muy representativos del contacto interétnico y del proceso de mestizaje que se estaba produciendo en el interior chaqueño.

Entre los caciques que realizaron contacto diplomático con la tripulación, varios tenían una relación estrecha con las poblaciones fronterizas salteñas. Pascual era jefe de muchos caciques, "muy ladino y corredor de las haciendas de Salta".[10] Ramón era un pariente del cacique Granadero, aparentemente un viejo e importante cacique de la región que se había trasladado con su indiada "trabajadora toda" al departamento de Rivadavia.[11] El cacique Juancito se describe también como "muy ladino" y "tipo de cristiano conocedor de las haciendas de Orán y Campo Santo" que se había ofrecido a actuar como chasque llevando a los fuertes de Rivadavia informes sobre los problemas que tenía la embarcación. Juancito advirtió a la tripulación sobre las dificultades y peligros que podían encontrar en su tránsito por la variedad de propiedades y cacicatos que tenían que atravesar (Roldán, 1873, p. 132). Aunque no se dice de manera explícita, la mención del cacique de que no podrían transitar esos territorios "sin previo permiso y acuerdo de los respectivos caciques" sugiere el pago de algún tipo de peaje. Manuel, hijo del cacique Juan José o Bamba, era un gran cacique de todas las tolderías, desde la boca del Bermejo hasta el

[10] Castro Boedo, 1873, p. 92. En la edición comentada del diario de Castro Boedo publicada por el Centro de Estudios Indígenas y Coloniales (CEIC) en el año 2000, Santamaría considera que el término hace referencia a las correrías o incursiones fronterizas de dicho cacique. Por el contexto en que se encuentra la expresión, nos parece más posible que se esté refiriendo a un "Mandatario que, como comerciante acreditado, actúa vendiendo o comprando por cuenta de uno o varios mandantes", según el Diccionario de la Real Academia Española.

[11] Relato de Natalio Roldán en Castro Boedo, 1873, p. 137. El departamento de Rivadavia tuvo su origen en la colonia del mismo nombre, establecida en el año 1862, de la que se hablará más adelante.

Teuco, "uno de los mejores oradores o políticos o diplomáticos o guerreros entre los de su raza" (Roldán, 1873, p. 125).

Otros habitantes de las tolderías mostraron claramente su situación mestiza. El llamado cacique Tucma, quien probablemente tomó ese nombre de su lugar de nacimiento, dijo ser cautivo de la costa del Tucumán de donde había sido robado con otro hermano desde muy pequeños. Ambos habían tomado mujer entre los indios y tenían hijos, por lo que "vivían ya acostumbrados en las tolderías y no pensaban en irse". Por su parte, el indio Juan Pablo, de 24 años, era "muy expedito en el hablar español" y decía haberse educado en las haciendas de Campo Santo donde sus patrones le dieron el nombre de Juan Pablo (Roldán, 1873, pp. 125 y 144).

Cerca de lo que había sido el asentamiento de la Cangayé,[12] los tripulantes se encontraron con una "[…] inmensa cantidad de indios muy bien vestidos, todos con trajes militares. En los botones se ve el escudo brasilero". Por las conversaciones tenidas con uno de estos indios que se llamaba Fortunato, quien dijo que "fue cautivo de Santiago", se puso en conocimiento que los uniformes habían sido comprados en los obrajes del Chaco y Corrientes (Page, 1873, p. 322).

El abastecimiento de comida por parte de los indios era moneda corriente, y consistía en ovejas, cabras "y otros animales herbívoros además de miel y otras cosas producidas en el Chaco"; todo lo cual lo cambiaban por "pañuelos, camisas, tabaco, etc." (Roldán, 1873, p. 144).

Las incursiones que ocasionalmente se hacían al interior del territorio permiten tener una idea de la economía de estos grupos, que incluía el pastoreo de ganado y el cultivo de algunas especies. Según el relato de Castro Boedo, "los indios del Pilcomayo tienen numerosas crías de caballos, mulas, ovejas, cabras y vacas; los de Bermejo abajo caballos, ovejas y cabras y los de Bermejo arriba solo vacas que roban de las fronteras o estancias inmediatas; muchos rebaños propios de ovejas y cabras; tropas de mulas y de caballos" (1873, p. 225). La entrada del río Teuco estaba poblada por enormes rancherías. Al bajar a tierra, Roldán señalaba que "encontré que tenían allí una sementera de sandías, zapallos, calabazas, porongos y una extraña clase de porotos; habían cosechado todo ya y con algunas de estas cosas nos obsequiaron" (1873, p. 132). Cerca del departamento de Rivadavia se encontraban "enormes campos sembrados con zapallos que […] Los indios hacen […] en terrenos bajos que quedan cerca del río que se llenan con las inundaciones". Para tener una idea del tamaño de estos sembrados, Page informaba que se habían llevado "como 200 zapallitos" (1873, p. 360).

[12] La Cangayé fue una reducción de indios que existió entre 1780 y 1793.

Pero vale agregar que los indios chaqueños no solo comerciaban con las expediciones que ocasionalmente atravesaban el territorio, sino que

> al presente, el Gran Chaco es traficado libremente por todos los estancieros que tienen sus puestos de ganados hasta cerca del Pilcomayo y que en relación con los indios de quienes se valen para el trabajo de esos mismos establecimientos penetran frecuentemente hasta las márgenes del Pilcomayo (Castro Boedo, 1873, p. 182).

A pesar de las escasas fuentes consultadas, parece claro que frente a la imagen construida de un territorio desconocido, salvaje e incultivado, los grupos indígenas aledaños a gran parte del curso del Bermejo sostenían fluidos contactos con las embarcaciones que transitaban por territorio chaqueño, con las que mantenían tratos comerciales.

La incorporación de los indios del desierto en la frontera

> Las tribus […] del Cacique Mariano Salteño en el fuerte San Martín […] constan de 120 hombres, 167 mujeres y 178 muchachos. En el fuerte Reconquista existen Mariano Lopez, Lanchi y Ventura Cisterna con 76 hombres, 79 mujeres y 159 muchachos… habiendo construido casas al estilo del país y dedicándose a la agricultura. En el fuerte existe una escuela a la que asisten 25 niños siendo en su mayor parte indígenas (*Memorias del Ministerio de Guerra y Marina*, 1872, p. 192).

> […] a ciento treinta leguas al norte de Santa Fe, en la despoblada zona del Chaco austral […] este misionero celebraba los santos misterios de nuestra Religión bajo una carpa, rodeado de trescientos indios recién traídos del desierto (Caloni, 1897, p. 25).

Las citas precedentes corresponden a la frontera del Chaco oriental donde se estableció una compacta población indígena procedente del "desierto chaqueño". Sabemos que, tanto en el Chaco occidental como en el oriental, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, se reanudó el avance territorial que, como consecuencia de los conflictos posrevolucionarios, se había detenido desde fines del período colonial. Este avance se realizó sobre un territorio que aportó contingentes de indígenas que fueron incorporados al espacio fronterizo donde desarrollarían una densa trama de relaciones y actividades. En este apartado nos interesa, precisamente,

conocer la visión de los contemporáneos sobre las posibilidades de incorporación de los indios chaqueños en la frontera. Para ello, hay que tener en cuenta que la geografía, las formas que adoptó la ocupación del espacio y las características de los grupos indígenas asentados variaban a lo largo de la extensa frontera chaqueña.

Mientras que en el Chaco occidental el avance territorial se operó fundamentalmente a través de establecimientos productivos y de misiones franciscanas, en el Chaco oriental se daría una triple avanzada –militar, misional y colonizadora– y sus colonos, que eran migrantes europeos dedicados a la agricultura, se convertirían en "el nuevo actor social que se incorporaba al espacio" (Citro, 2006, pp. 139-170).

En efecto, en el Chaco oriental, desde que en 1856 se funda la Colonia Esperanza, se venía alentando el asentamiento de inmigrantes en la provincia de Santa Fe. En 1865 se funda la Colonia Helvecia; en 1866, la Colonia California; y en 1867, la Colonia Inglesa o Galense y la Colonia Francesa. En la década siguiente, colonos norteamericanos y suizos fundaron las colonias Malabrigo, California y Alejandría. La utilización racional de la abundante mano de obra disponible en las colonias era la clave de su diferenciación con la economía del entorno. Durante la segunda mitad de la década de 1860, la provincia de Santa Fe experimentó un intenso crecimiento de la colonización, con un marcado aumento de la población y de la ocupación del espacio, lo que originó una mayor especialización productiva en torno a los cereales. Entre 1864 y 1870 se fundaron 36 colonias –con y sin apoyo estatal– de las cuales cuatro fueron para comunidades étnicas (Djenderedjian, 2011).

En el otro extremo del Chaco, la presencia de colonias agrícolas fue poco exitosa. En la década de 1850 se estableció San Felipe y Santiago, poblada por emigrantes bolivianos, pero desapareció pocos años después luego de una disputa territorial con los franciscanos. En 1862 se asentó la Colonia Rivadavia, con pobladores salteños, tucumanos, santiagueños y aquellos que habían quedado de San Felipe y Santiago, pero los constantes cambios del cauce principal del río Bermejo conspiraron contra su desarrollo.

En cuanto a las reducciones, el nuevo impulso misionero se produjo también a mediados de siglo y los franciscanos distribuyeron sus zonas de influencia desde tres áreas. El Colegio de La Merced de Corrientes avanzó sobre el Paraná, aunque fue siempre la reducción de menor actividad; en Santiago y norte de Santa Fe, estableció misiones el Colegio de San Carlos de San Lorenzo, y desde Salta, el de San Diego hizo lo propio en el Chaco salteño. También aquí es posible marcar una diferenciación entre las dos fronteras analizadas. En el Chaco occidental, no hubo continuidad entre las

misiones coloniales y las que se establecieron en este momento. De hecho, del viejo cordón misional que se había creado en la línea de los ríos Salado y Pasaje no había perdurado ninguna misión, y las que se hallaban en la frontera salteña tampoco habían podido sobrevivir a la decadencia económica tardocolonial. Los nuevos asentamientos franciscanos de mediados del siglo XIX tampoco tendrían una larga vida: los conflictos por tierras con otros propietarios y los continuos cambios de curso del Bermejo llevaron a la desaparición de todas ellas.[13]

Por el contrario, en el Chaco oriental parece haber existido una estrategia por mantener o reagrupar a la población reducida de tiempos coloniales en otros asentamientos. Por ejemplo, la reducción de San Pedro de indios mocovíes, fundada en la década de 1740, fue abandonada, pero parte de su población se unió a los mocovíes del pueblo de San Javier –establecido asimismo en la década de 1740–, y en 1834 fueron trasladados por el gobernador Estanislao López al pago de Añapiré. Con los mocovíes de San Javier sucedió algo similar. Si bien el asentamiento fue dejado por los franciscanos en 1825, gran parte de los indios reducidos se concentraron en la nueva reducción de Santa Rosa de Calchines. Sin embargo, en la década de 1850 algunos grupos retornaron a San Javier y el asentamiento obtuvo el estatus de Colonia Indígena en 1866. Otros grupos nativos permanecieron en Calchines y en Cayasta.

Cabría preguntarse el motivo de la persistencia de las misiones –o de la población reducida– en el oriente chaqueño y de su desaparición en el occidente. Es probable que esta diferencia pueda tener su explicación en la función que cumplían los indios reducidos. En el Chaco salteño, ya desde el período tardocolonial, la población nativa asentada en las misiones combinaba sus actividades productivas en la reducción con la realización de trabajos estacionales en las estancias cercanas; a medida que las misiones entraron en un claro deterioro económico, los indígenas habrían optado por abandonarlas y asentarse en los establecimientos rurales. Por el contrario, en el Chaco oriental, la principal función de los indios reducidos parece haber sido la de defensa del territorio, que sirvieron como milicias auxiliares de las fuerzas provinciales.[14] En ese sentido, parece razonable que el gobierno buscara formas de garantizar su permanencia en la frontera para seguir cumpliendo esa tarea.

Si tenemos en cuenta el desarrollo particular de esas instituciones fronterizas, nos preguntamos de qué manera se articulaba la población indígena, reducida e independiente, entre sí y con las misiones, colonias y otros establecimientos productivos y si, por último, la mayor presencia de colonias del lado oriental incidió de manera notable

[13] Esquina Grande existió entre 1856 y 1860; Concepción del Bermejo, entre 1859 y 1875; San Antonio, entre 1868 y 1875; Las Conchas, entre 1862 y 1864; y San Miguel de Miraflores, entre 1880 y 1890.

[14] La participación de grupos indígenas como cuerpos militares auxiliares de ejércitos "blancos" se remonta a la época de la conquista de América. Pero estas colaboraciones no se limitaron al momento inicial de la conquista, sino que se mantuvieron durante el período colonial y aun en tiempos republicanos. Con Raúl Fradkin hemos analizado la peculiar estructura defensiva santafesina, donde la participación de los lanceros indígenas era esencial para garantizar la seguridad (Fradkin y Ratto, 2013).

en la presencia o ausencia de indígenas. Para acercarnos a este conocimiento, contamos con dos tipos de fuentes. La documentación producida desde el Ministerio de Guerra, que recogía los informes enviados anualmente por las autoridades fronterizas, y aquella proveniente de los escritos de los franciscanos. De esta última, para la zona del Litoral, analizamos el informe del prefecto Vicente Caloni, que recorrió las misiones de San Martín, Reconquista, San Antonio de Obligado, San Javier, Santa Rosa y Colonia Avellaneda a fines de siglo (Caloni, 1897). Para el Chaco occidental existen los informes de los padres Pellichi y Remedi, ya mencionados, que fueron redactados con una diferencia de nueve años entre uno y otro.

Empezando por la dinámica de los establecimientos productivos, en las *Memorias del Ministerio de Guerra y Marina* del año 1868 figura el informe realizado por el comandante de frontera sobre la situación de la Colonia Rivadavia, en el Chaco salteño. Entre las consideraciones en torno a las producciones que se llevan a cabo, menciona que, con respecto al algodón, "el mataco, la verdadera riqueza de la Colonia es laborioso, bajo un medianamente riguroso tratamiento, templado por guarapo y abundante comida, es tímido y sumiso" (*Memorias del Ministerio de Guerra y Marina*, 1868, p. 457). A pesar de esta observación, en el censo de 1865 analizado por Teruel, la población de la colonia solo consigna 15 indios de un total de 433 personas (Teruel, 2005, p. 52). Pueden intentarse distintas explicaciones para esto: un ocultamiento de la población indígena empleada como peones rurales –los 15 indios registrados son todos empleados domésticos–, una presencia estacional de estos trabajadores que llevaría a no registrarlos como población estable de la colonia o, simplemente, un escaso interés por registrarlos. Pero cualquiera de las posibilidades no invalida el hecho de una convivencia –estacional o permanente– entre indios y colonos. Esto es confirmado en los informes de los franciscanos, aunque la visión de esta integración era muy negativa. En 1858, el padre Pellichi visitó la Colonia de San Felipe y Santiago, fundada en 1856, donde constató la incorporación de población nativa:

> En julio de 1858 fui al Chaco, visité la colonia de San Felipe y Santiago, vi los indios mezclados con los cristianos, que además de los propios contraían aún los muchos vicios de estos, opuestos a una sana civilización. Los indios tenidos como esclavos, o considerados como animales salvajes (Pellichi, 1861, p. 26).

Para mostrar más claramente el efecto nocivo de esta unión entre colonos e indígenas, Pellichi refiere que, al intentar establecerse una reducción cercana a la colonia, "Uno de los colonos se fue a

los indios del cacique Patio, los sedujo, los engañó diciéndoles que impidan la mensura y no admitan más padres misioneros porque vienen a quitarles sus tierras…" (1861, p. 38).

En el caso del trabajo indígena en las haciendas azucareras, en los diferentes análisis se ha señalado que era claramente estacional y significaba el desplazamiento no solo de los varones, sino también de las mujeres que aprovechaban el contacto con la población criolla para intercambiar sus bienes artesanales: trenzados con hojas de chaguar, cueros, vasijas de arcilla y una variedad de productos como la cera, resinas, etc. Además de estas actividades de intercambio, las mujeres cumplían otras tareas como "los acarreos de leña y de agua donde quiera que los llaman como también […] pelar maíz a mortero y muchas veces […] servir a la cocina a la mano y en otras mil tareas domésticas" (Castro Boedo, 1873, p. 225).

Si pasamos al otro lado del Chaco, vemos que estas actividades estacionales que implicaban un desplazamiento espacial de gran cantidad de la población chaqueña no se registran de manera tan clara. Además, la integración de población criolla e indígena no es considerada negativa por los franciscanos. La evaluación general sobre el estado de las misiones era, para Caloni, satisfactorio: "nuestros indios tienen algunos lotes de terreno que cuidan con esmero, siembran mani, sandias, maíz, etc". En este caso, la relación con los productores criollos no se plantea como contradictoria o nociva para el desarrollo de la misión. Los indios aprovechan "el tiempo que les sobra […] a contratarse como peones", y "en algunas reducciones son el brazo derecho de la sementera como ocurre en Santa Rosa en la carpida y amoldada de maní y en San Antonio de Obligado con la cosecha de caña dulce". De hecho, el ingenio azucarero Tacuarendi ubicado cerca de San Antonio era, según Caloni, "la vida de la reducción de San Antonio de Obligado con 500 entre criollos y extranjeros y unos 300 indios". Y para mostrar claramente la importancia de la mano de obra indígena agregaba que "cuando no tienen trabajo allí van al oeste sobre la línea férrea que dista unas veinte leguas de San Antonio; allí trabajan en la explotación de los montes y ganan bastante bien la vida" (Caloni, 1897, p. 90).

Esta unión de población se repite en todas las descripciones que hace el franciscano en su recorrida, y existen algunos casos donde vale la pena detenerse. Por ejemplo, la reducción de Santa Rosa de Calcines, ubicada a 10 leguas de Santa Fe, estaba integrada por 2.500 habitantes "en su totalidad indígenas y criollos bastante morales y contraídos a la sementera" (Caloni, 1897, p. 59). San Javier, la antigua reducción mocoví, contaba hacia fines del siglo XIX con 800 indios y 6.000 criollos y extranjeros dedicados a la producción

pastoril, agrícola y comercial; los indígenas "tienen sus solares en el pueblo, sus chacras y varias estaciones ganaderas". (Caloni, 1897, p. 68). En la reducción de San Martín, fundada a 10 leguas de San Javier en el año 1869, se hacían sementeras de maní, lino y trigo, y los indios tenían 45 concesiones rurales de su propiedad y 75 solares en la planta urbana del pueblo (Caloni, 1897, p. 72).

Un caso particular de integración poblacional lo representa la misión Reconquista, fundada en 1872 en el lugar donde anteriormente se había establecido la reducción de indios abipones de San Jerónimo del Rey. En momentos de la visita, Caloni señalaba que "La población indígena antes muy numerosa se halla muy reducida por la viruela. Unos 300 en un barrio al noroeste del pueblo y diseminadas por los montes en el trabajo de madera o de peones en otras faenas". La misión había incluido población de "todas las lenguas y naciones" hasta el punto que el franciscano no podía "atreverse a decir cual es el elemento mayor" (Caloni, 1897, p. 79).

La extensa transcripción del informe de Caloni muestra que la integración entre la población indígena, criolla y extranjera estaba lo suficientemente consolidada en este espacio fronterizo como para que no recibiera el menor gesto de asombro o reprobación por parte del franciscano. Se ha señalado que en el Chaco salteño, la opinión de Pellichi era muy diferente; sin embargo, los informes del padre Joaquín Remedi de los años 1870 y 1873 mostrarían una tendencia a aceptar la integración ante la evidencia de la imposibilidad de mantener apartada la población indígena. En el primer informe se contabilizan solamente los indígenas existentes en las misiones recorridas, mientras que tres años después, se puede ver la incorporación de "cristianos" y la pérdida de etnicidad de los indios: en la Concepción se menciona que vivían 456 indígenas y 42 cristianos y en San Antonio, 364 nativos y 68 cristianos (Remedi, 1870, pp. 74 y 82).

Otro elemento de integración de los indígenas en la sociedad criolla se encuentra en su participación como milicias auxiliares, tema que ya se adelantó al señalar la importancia del mantenimiento de las reducciones santafesinas, y que fue estudiado hacia la segunda mitad del siglo XIX por Aldo Green (2005). Este autor ha analizado cómo estas unidades de lanceros dejaron de actuar con una fuerte autonomía para pasar a integrarse como soldados en el ejército provincial, y quedar sometidos a las autoridades militares criollas. Sobre este tema, las *Memorias del Ministerio de Guerra y Marina* abundan en consideraciones sobre el importante servicio que cumplieron los lanceros en la defensa fronteriza. Para el caso de la frontera chaco-salteña no parece haber sucedido un proceso similar. En los trabajos centrados en el período

colonial, abundan las referencias sobre la participación indígena en entradas al territorio chaqueño.

Pero, a diferencia del Chaco oriental, los lanceros nativos no parecerían haber sido incorporados de manera regular al servicio de la frontera. Sin embargo, el informe elevado por el teniente coronel Polinicio Pérez Millán al ministro de Guerra y publicado en las memorias de ese departamento en el año 1876, da un indicio interesante. En el informe se lee que la defensa de la frontera de Salta estaba a cargo de un piquete de baqueanos y del regimiento 12 de caballería de línea con "2 jefes, 28 oficiales y 314 indios amigos movilizados" (*Memorias del Ministerio de Guerra y Marina*, 1876, p. 193). Agrega el informe que en la refacción del camino que comunicaba la comandancia con la derecha de la línea participaron "los indios amigos movilizados de los caciques Macheteu, Mentallo, Tomasito, Granadero y Herrero que viven distribuidos en los fuertes de esa línea" (*Memorias del Ministerio de Guerra y Marina*, 1876, p. 194). Si bien esta es una referencia aislada, es clara la utilización de lanceros nativos también en este espacio. El hecho de que, en el informe, se los integre dentro de un regimiento de caballería de línea haría pensar que, tal vez, el proceso estudiado por Green para el norte santafesino se halla adelantado en la frontera salteña, lo que llevaría a una "invisibilización" de las fuerzas indígenas.

Finalmente, lo que puede verse en la documentación es el mantenimiento de relaciones entre los indios reducidos y los que vivían en el interior del Chaco. Desde una mirada centrada en el conflicto, estos contactos han sido vistos como estrategias indígenas para incursionar sobre los establecimientos productivos. Así, para el Chaco salteño, se señala que el malón de 3.000 indios que arrasó la Colonia Rivadavia en 1863 habría contado con la complicidad de "indios vecinos que solían trabajar" en la colonia. Para el Chaco oriental, los colonos norteamericanos denunciaron ante el presidente Sarmiento que

> en un principio tuvimos recelos de los indios salvajes o montaraces del Chaco, pero luego comprendimos que estos no eran un elemento de retardo ni obstáculo serio a nuestro progreso, si no fuesen secundados por los indios que se llaman mansos o reducidos que habitan en los pueblos de San Javier, Santa Rosa [...] gentes ociosas que no se ocupan del trabajo sino del robo y del pillaje.

Estas denuncias fueron corroboradas por el jefe de la Frontera Norte, Manuel Obligado, para quien los indios reducidos de San Javier, Calchines y Santa Rosa "se aprovechan de los permisos que tienen para ir a cazar a las islas, en grupos y armados, para atacar a las colonias" (Mafucci Moore, 2007, p. 10).

Las acusaciones sobre esta connivencia entre indios reducidos y chaqueños es constante en la documentación, pero una mirada complementaria, centrada en el conflicto, pone de relieve los contactos comerciales que se mantenían entre los dos espacios –recordemos los intercambios realizados por las mujeres al trasladarse a las haciendas–, y la función de intermediación que cumplían los caciques reducidos para intentar incorporar a los chaqueños dentro del territorio fronterizo. Sobre el último punto, comentaba Caloni que en enero de 1893 había enviado al cacique Mariano Salteño "a conquistar algunas tribus sabiendo sus inclinaciones a la vida civilizada y convenció al cacique Manuel que con su numerosa indiada se asentó en la reducción de San Martín" (Caloni, 1897, p. 51).

Conclusiones

El recorrido realizado en este trabajo por fuentes éditas correspondientes al siglo XIX muestra que, más allá de las visiones de salvajismo y peligrosidad que querían consolidarse para justificar la conquista del Chaco, existía una evidente interrelación entre poblaciones criollas e indígenas en las zonas fronterizas, así como contactos pacíficos en el interior del territorio chaqueño. Aun con las diferencias de enfoques del tipo de documentación consultada –militar, eclesiástica o civil–, esta imagen paralela es profusa y parece haber tenido el propósito de evaluar las posibilidades de incorporar a los indígenas chaqueños en la economía regional. Pero, ¿es posible a través de esta exploración inicial concluir que las sociedades fronterizas del Chaco oriental y occidental presentan diferencias marcadas?

Un elemento diferencial entre los dos sectores es la característica de la ocupación y puesta en producción de las tierras que iban ganándose al territorio indígena. En el primer sector, el avance de los latifundios y grandes propiedades fue notorio: el 37% de la tierra de los tres departamentos fronterizos (Anta, Rivadavia y Orán) estaba en manos de 55 personas. Entre ellas, se destacan las familias Saravia y Cornejo, comerciantes y hacendados de tiempos coloniales que lograron ampliar sus propiedades, en algún caso mediante la incorporación de tierras que habían sido de reducciones –como Macapillo y Balbuena (Teruel, 2005, pp. 62-63)–. Si, como se ha planteado, la desestructuración y crisis de las misiones a fines de la colonia habría llevado a la población indígena a incorporarse a las unidades de producción que se fueron formando, la presencia de trabajadores chaqueños formaba parte del escenario fronterizo. A eso se suma que la producción de caña de azúcar –una de las

empresas fundamentales de Salta (Justiniano, 2005)– requería de trabajo estacional que, como señalan las fuentes analizadas, eran aportadas por los caciques del interior del Chaco.

En el Chaco occidental el avance territorial tuvo orígenes bien distintos. La formación de colonias –estatales o privadas– de inmigrantes y de población local fue el motor principal de la explotación agraria del Litoral. Y, en algunas de ellas, parece haberse dado una integración de indígenas y criollos.

Otro elemento que parece incontestable es el desigual desarrollo de las reducciones indígenas. Esta diferencia es posible rastrearla desde tiempos coloniales donde, si bien en ambos lados los padecimientos económicos eran muy evidentes, llevaron a desenlaces bien distintos. Aquí hay que introducir dos elementos explicativos. Por un lado, existía una creciente demanda de mano de obra de las haciendas salteñas, a diferencia de la capacidad de absorción de trabajadores que parece no existir en el Litoral. Así, al iniciarse el deterioro económico de las misiones occidentales, gran parte de los indígenas reducidos optaron por asentarse en los establecimientos rurales donde servían estacionalmente como mano de obra. En el oriente, las dificultades financieras de las reducciones intentaron ser resueltas constantemente por el Cabildo santafesino mediante la entrega de ganado. Pero cuando ni siquiera estas ayudas bastaron para sostener a los pueblos, el empleo como mano de obra no fue una opción mayormente buscada por los indígenas. Por otro lado, los indios de las misiones orientales parecen haber mantenido contactos muy fluidos y frecuentes con la población chaqueña, al punto que algunos autores han planteado que el asentamiento allí era estacional para algunos grupos indígenas. Esto permite entender que, ante la decadencia de los pueblos, la alternativa de regresar al Chaco era más atractiva, tal vez, que intentar asentarse en territorio criollo.

Se mencionó varias veces otro aspecto diferente de las misiones orientales: el rol militar de los indígenas, lo que llevó a que los sucesivos gobiernos –coloniales e independientes– buscaran conservar la alianza de estos grupos.[15] Esto nos lleva a plantear un último aspecto que apenas fue presentado en este trabajo. Recordemos que en 1871 el coronel de la frontera norte, Manuel Obligado, denunciaba la complicidad de jueces de paz y comandantes militares con los grupos indígenas reducidos para realizar transacciones comerciales. Esta "personalización" de los vínculos interétnicos era algo muy frecuente, y tiene su origen en que los caciques no se relacionaban con poderes abstractos como "el gobierno" de determinada provincia o "el gobierno nacional", sino con personas concretas con las que habían establecido lazos de confianza.

[15] Para un análisis de estos temas en el período tardocolonial y revolucionario, véase Fradkin y Ratto, 2013.

Cuando el padre Remedi relataba sus intentos de reducción de tribus chaqueñas, que contaba para ello con la colaboración del cacique Mariano Salteño, concluía que "el intento fracasó por cuestiones de rivalidades políticas". Y agregaba que el padre Hermes Constanti también había intentado en varias ocasiones, en compañía de indios amigos, entrar en el desierto para convencer de la reducción a otros grupos, pero "algunas autoridades de la frontera se mostraban hostiles a ellos" (Remedi, 1870, p. 51).

En estas páginas, hemos intentado hacer una evaluación inicial sobre las posibilidades de nuevos enfoques que permitan un conocimiento más acabado de la relación interétnica entre las poblaciones chaqueñas y la criolla. Las fuentes utilizadas son una pequeña muestra de la documentación existente, ya que se trata de trabajos editados,[16] pero, aun así, muestran varias aristas interesantes sobre la integración de los indígenas en las sociedades provinciales en lo económico y, en menor medida, en el aspecto militar.

En síntesis, una profundización de los elementos esbozados en este trabajo permitiría un conocimiento más acabado de las formas de incorporación de los indios chaqueños a la sociedad criolla y de las diferencias en la conformación de las sociedades fronterizas chaqueñas.

[16] No puede dejar de señalarse la notoria ausencia, en esta muestra, de información sobre la frontera santiagueña y norte de Córdoba.

(Recibido el 22 de abril de 2014.)
(Evaluado el 15 de mayo de 2014.)

Bibliografía

Araoz, G. (1886), *Navegación del Río Bermejo y viajes al Gran Chaco,* Buenos Aires, Imprenta Europea.

Caloni, V. (1897), *Bosquejo histórico de las misiones franciscanas al norte de la provincia de Santa Fe por el prefecto apostólico de misiones Fray Vicente Caloni*, Santa Fe.

Carlsen, B. (2000) [1871], "Informe sobre el país y la frontera del Gran Chaco", en Lagos, M., *La cuestión indígena en el Estado y la sociedad nacional. Gran Chaco 1870-1920,* Jujuy, UNJU.

Castro Boedo, E. (1873), *Estudios sobre la navegación del Bermejo y colonización del Chaco*, Buenos Aires, Imprenta Sociedad Anónima.

Citro, S. (2006), "Tácticas de invisibilización y estrategias de resistencia de los mocoví santafesinos en el contexto postcolonial", *Indiana*, N° 23, pp. 139-170.

Djenderedjian, J., S. Bearzotti y J. L. Martirén (2010), *Expansión agrícola y colonización en la segunda mitad del siglo XIX*, 2 vols., en Barsky, O., *Historia del Capitalismo Agrario Pampeano*, t. 6, Buenos Aires, Teseo.

Farberman, J. y S. Ratto (2009), "Introducción", en Farberman, J. y S. Ratto, (coords.), *Historias mestizas en el Tucumán colonial y las pampas (siglos XVII-XIX),* Buenos Aires, Biblos.

Fontana, J. L. (1881), *El Gran Chaco*, s/l, Ostward.

Fradkin, R. y S. Ratto (2013), "Reducciones, blandengues y 'el enjambre de indios del Chaco'", *Folia Historica del Nordeste*, N° 20, pp. 23-48.

González, M. (1890), *El gran Chaco Argentino*, Buenos Aires, Compañía Sud Americana de Billetes de Banco.

Green, A. (2005), "El escuadrón de lanceros del Sauce. Una aproximación a las transformaciones operadas en una sociedad india durante la 19º centuria", *Congreso argentino de Inmigración, IV Congreso de historia de los pueblos de la provincia de Santa Fe*, Esperanza, Santa Fe.

Justiniano, M. F. (2005), "El poder del azúcar en el proceso político salteño a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX", *Revista Escuela de Historia*, N° 4, Salta.

Lagos, M. y D. Santamaría (2011), "Des bateaux dans la foret: le fleuve Bermejo, l'échec d'un modele de communication et d'echanges", en Obregón Iturra, J., L. Capdevila y N. Richard, *Les inddiens des frontièrs coloniales. Amerique australe, XVI siècle-temps prèsent*, Rennes, Press Universitaires de Rennes, pp. 155-174.

Mafucci Moore, J. L. (2007), "Indios, inmigrantes y criollos en el nordeste santafesino (1860-1890). Un caso de violencia en una sociedad de frontera", *Andes*, Nº 18, pp. 1-27.

Memorias del Ministerio de Guerra y Marina, (1868-1876), Buenos Aires, Imprenta americana.

Page, T. (1873), "Expedición de navegación del Bermejo realizada por Tomas Page", en Castro Boedo, E. (1873), *Estudios sobre la navegación del Bermejo y colonización del Chaco*, Buenos Aires, Imprenta Sociedad Anónima.

Pellichi, P. M. (1995) [1861], "Relación histórica de las Misiones del Chaco y de la Asociación Católica-Civilizadora en favor de los indios infieles de la Confederación Argentina presentada por el prefecto apostólico de las misiones del Colegio de Salta 1861", en A. A. Teruel (comp.), *Misioneros del Chaco Occidental. Escritos de Franciscanos del Chaco Salteño (1861-1914)*, CEIC, Jujuy.

Remedi, J. (1995) [1870], "Memorial presentado al Presidente de la República Argentina Domingo Faustino Sarmiento por el prefecto de Misiones (1870)", en A. A. Teruel (comp.), *Misioneros del Chaco Occidental. Escritos de Franciscanos del Chaco Salteño (1861-1914)*, CEIC, Jujuy.

Roldán, N. (1873), "Expedición de navegación del Bermejo realizada por Natalio Roldán", en Castro Boedo, E., *Estudios sobre la navegación del Bermejo y colonización del Chaco*, Buenos Aires, Imprenta Sociedad Anónima.

Teruel, A. (2005), *Misiones, economía y sociedad. La frontera chaqueña del Noroeste Argentino en el siglo XIX,* Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes.

Autora

Silvia Mabel Ratto es doctora en Historia por la UBA, investigadora independiente de Conicet y docente de la Universidad Nacional de Quilmes. Su tema de investigación está centrado en la interacción entre pobladores criollos e indígenas en un ámbito fronterizo: el Chaco oriental (1740-1830).

Publicaciones recientes:

—— (2013), "Los asentamientos indígenas en la frontera bonaerense (segunda mitad del siglo XIX): ¿un espacio fuera de la ley?", en *Illes e Imperis,* N° 15, pp. 145-169.

—— (2013), "Resistencia y movilización entre los indios fronterizos del Chaco", en Fradkin, R. y G. Di Meglio (coords.), *Ensayos sobre la participación política popular durante el siglo XIX en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Prometeo.

—— (2012), "'Haremos lo posible para asegurar y tranquilizar la frontera'. La defensa de la frontera bonaerense durante la década de 1850", en Garavaglia, J. C., J. Pro Ruiz y E. Zimmermann (eds.), *Las fuerzas de guerra en la construcción del Estado: América Latina en el siglo XIX,* Rosario, Prohistoria.

Cómo citar este artículo

Ratto, Silvia, "Visiones del Chaco y de su población en el siglo XIX", *Revista de Ciencias Sociales, segunda época*, año 6, Nº 26, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, primavera de 2014, pp. 49-66, edición digital, <http://www.unq.edu.ar/catalogo/348-revista-de-ciencias-sociales-n-26.php>.